

## Capítulo 5

# TIEMPO Y PAISAJE EN EL ESTUDIO DE LAS PRIMERAS COMUNIDADES DEL NOROESTE AMAZÓNICO

SANTIAGO MORA  
St. Thomas University  
smora@stthomas.edu

Las últimas cuatro décadas han sido testigo de un profundo cambio en la concepción, los problemas y las posibles soluciones que se le pueden dar a las interrogantes surgidas entorno al estudio de los primeros pobladores de las Américas. Así se ha dado un proceso de continua evaluación y reevaluación de los modelos que intentan dar coherencia a los conocimientos que tenemos de estos sucesos. Estas transformaciones, aunque globales en cierta medida, afecta a cada una y a todas las regiones que los arqueólogos delimitan en sus estudios en el Nuevo Mundo.

Tres temáticas están en el centro del proceso revisionista que vive, desde la década de los setentas, la arqueología que se ocupa de los primeros habitantes del continente. En primer lugar las posibles rutas propuestas para la ocupación inicial son arduamente discutidas; existe la posibilidad de que se dieran movimientos humanos en regiones y desde regiones que hasta hace muy poco no eran consideradas como buenas candidatas para albergar comunidades humanas tempranas, o para soportar estos desplazamientos (e.g., Anderson & Gillam 2000, Steel et al. 1998). Esto no quiere decir que aquellos trayectos que fueran identificados, desde el punto de vista arqueológico en el pasado, sean inválidos. Simplemente, es necesario considerar otras opciones, entre las cuales se encuentra las migraciones a lo largo de las costas, en épocas en las cuales las mismas ofrecían unas condiciones favorables (ver Fladmark 1979). En segunda instancia, el registro cronológico de lo que hasta hace relativamente poco tiempo fuera considerado como las primeras ocupaciones del continente no es tan estable, como ciertos expertos asumieron (ver Gruhn & Turner 1987). Algunas fechas asociadas con actividades humanas pasadas parecen desplazarse hacia una antigüedad insospechada; varias autoridades se niegan a aceptar, dadas las implicaciones teóricas y lo fragmentario de los hallazgos, como factible una ocupación que sobrepase el límite tradicionalmente aceptado de aproximadamente 10000 a 11000 años AP (e.g., Lynch 1990). Finalmente, y relacionada con estas primeras observaciones se encuentra el problema de las adaptaciones desarrolladas por estos primeros pobladores. Obviamente los cambios en las rutas y en las cronologías nos ubican en ámbitos diferentes a los propuestos y "aprobados"

como los espacios adecuados para la adaptación de los primeros pobladores (ver Dillehay 2000, Fiedel 2000, Meltzer 1995). Adicionalmente, esto lleva a examinar los posibles impactos generados por estas poblaciones en el ámbito, particularmente en lo concerniente a la extinción de algunas especies (Grayson & Meltzer 2003: 2002). Día a día, y tal vez por las transformaciones que exhibe el planeta en el presente, el público en general y los arqueólogos en particular han tomado más seriamente el problema de los cambios climáticos y sus consecuencias sobre la distribución y por tanto el acceso por parte de los humanos a los recursos requeridos. Esto último implica una revisión, no solo de las condiciones ambientales en las cuales estas sociedades lograron sobrevivir, sino que lleva a repensar las formas organizativas que adoptaron para procurarse su sustento.

Los puntos anteriormente mencionados obligan a la formulación de diferentes alternativas para proporcionar los datos y los soportes teóricos necesarios para lograr soluciones lógicas y coherentes que expliquen sus interrelaciones. Esto, indudablemente, constituye un estímulo para la investigación y el desarrollo de nuevas ideas, aunque implica el incremento y la diversificación de los posibles escenarios que se deben considerar. En Norte América esta disyuntiva llevó al desarrollo de agresivas campañas arqueológicas en el campo, con las cuales se intenta proveer a los investigadores de nuevos y más precisos datos sobre la ocupación espacial y temporal de los grupos humanos en ámbitos en continua transformación. Evidentemente el acopio de más y mejores informaciones ambientales ha jugado un papel importante en estos trabajos, así como la creación de modelos que intentan conjugar un mayor número de fuentes para dilucidar aspectos de este pasado (e.g., Greenberg et al. 1986). De este modo se intenta ver la adaptación de las comunidades como una parte fundamental del cambio cultural, estrechamente vinculado a la disponibilidad de ciertos recursos críticos que hacen factibles diferentes desarrollos (ver por ejemplo Colten & Arnold 1998, Tankersley 1998, Walthall 1998). De otra parte, esta necesidad de reevaluar la información y los modelos propuestos otorgó, aun más relevancia, a los estudios etnoarqueológicos. Estos últimos proporcionarían las ideas sobre las cuales se podrían procesar y evaluar algunas inferencias sobre los procesos de adaptación, incluyendo las densidades de las poblaciones (ver Park 1997), la estructura social y las divisiones de trabajo asociadas a la misma (ver Brumbach & Jarvenpa 1997, Friesen 1999), así como la movilidad de los grupos humanos en el pasado. Es, también, a partir de estas transformaciones que se posibilita el apreciar los resultados de estos estudios en el contexto de las historias nacionales y locales (ver McGuire 1992), así los mismos cobran un inusitado valor.

Los estudios arqueológicos relativos a los primeros ocupantes Sudamericanos no han sido ajenos a estos mismos cuestionamientos y procesos de cambio (ver Scheinsohn 2003); un enorme debate ronda estos temas, aunque los énfasis marcados han sido diferentes. Obviamente los materiales y las cronologías de sitios como Monte Verde, en Chile (ver Dillehay 1999, Meltzer et al. 1997) y otros asentamientos Sudamericanos (ver Watanabe et al. 2003), han puesto al frente de la discusión, de forma generalizada, el

componente cronológico; problema que de tiempo atrás ha preocupado a los investigadores (ver Lanning 1970). Expertos como Lynch consideran que las tempranas cronologías solo constituyen débiles evidencias de una ocupación temprana difícil de aceptar (Lynch 1990); críticas que han sido apoyadas por otros investigadores (ver Fiedel 2000). Sin embargo, no por ello las cuestiones relativas a las rutas de desplazamiento y los problemas asociados con las adaptaciones han sido menos importantes. Lynch, por ejemplo, considera poco viable la adaptación de grupos de cazadores y recolectores a medios de selva tropical, conclusión que se basa principalmente en evidencias etnográficas y en aquello que él considera irregularidades en el registro arqueológico (1996: 223). A pesar de ello, nuevas evidencias sugieren que hace al menos 14000 años algunos grupos humanos habitaban diversos sistemas ecológicos, que incluían selva tropical lluviosa, en Panamá (Cook 2005: 136, Ranere & Cook 2003); igualmente han sido documentados los habitantes tempranos de los bosques Andinos sudamericanos (Gnecco 1995, Gnecco & Mora 1997) y de la Amazonía (Cavelier et al. 1995, Mora 2003, Mora & Gnecco 2003). En tanto, otros investigadores contemplan la posibilidad de una temprana migración siguiendo la costa, soportada por una economía basada en crustáceos, moluscos marinos y peces (Sandweiss 2003, Sandweiss et al. 1998). Esta migración se realizaría muy rápidamente. No obstante, no existen muchos datos, en este u otros continentes, de estos desplazamientos rápidos por las costas. Adicionalmente surgen algunas objeciones a esta propuesta basadas en la relación entre la abundancia de los recursos y la velocidad de los desplazamientos; en la mayoría de los modelos se presentan estas regiones como extremadamente ricas, de modo tal que se cuestiona la "imperiosa" necesidad de desplazarse rápidamente (ver Dillehay 2000: 69). De una u otra forma, las discusiones entorno a estas aproximaciones se han enriquecido con nuevos datos, que permiten corroborar y en algunos casos repensar nuevamente las propuestas; ejemplo de ello lo son los escritos de Keyeux y de Montes en este volumen. Finalmente es necesario mencionar que en Sudamérica, como en Norte América, el desarrollo de la etnoarqueología, a pesar de ser aún marginal, ha constituido una importante fuente para la interpretación de contextos arqueológicos, especialmente en el estudio de grupos de cazadores y recolectores que ocuparon ambientes de selva tropical (ver Politis 2000, 1996).

El propósito de este escrito es explorar en una región Sudamericana – el noroccidente de la Amazonía - las tres grandes problemáticas que han sido señaladas para el continente Americano: las rutas de desplazamiento empleadas por los primeros habitantes, su cronología y los problemas que estas implican en los procesos adaptativos. Dado que en el estudio de las adaptaciones resultan evidentes las interrelaciones de estas temáticas, me concentrare en estas últimas. Para ello daré inicio aclarando a qué me refiero con adaptaciones y cómo las veo.

## **Adaptación y Paisaje**

La adaptación como problema arqueológico data de mediados del siglo pasado. El desarrollo de buena parte de la arqueología Norte Americana de las décadas de los sesentas, setentas y ochentas se basó, en gran medida, en esta idea. El empleo del concepto de adaptación llegó inclusive a reemplazar, de alguna forma, a aquella de cultura que los antropólogos intentaban definir y estudiar desde los inicios de la disciplina (ver Watson 1995). Para los arqueólogos, y particularmente los "Nuevos Arqueólogos", fue preferible emplear la idea de un sistema cultural, el cual constituía un todo que era fragmentado en subsistemas que daban cuenta de la adaptación de las sociedades; ideas que se derivan de la propuesta de Leslie White de los años cincuenta (ver Binford 1962). La inserción, en un marco evolucionista de este concepto, creó problemas al forzar la definición de estadios, que contribuían a suprimir el énfasis en los procesos y resaltar la inmovilidad (ver Alland 1975:60).

Desde la década de los ochenta la idea de adaptación, y otras ideas conexas, fueron empleadas por los arqueólogos evolucionistas para comprender la relación y el papel de la tecnología en las sociedades a lo largo del tiempo (ver Leonard 2001), así como para explorar los procesos de socialización (ver por ejemplo Henrich & McElreath 2003). Así tomó un nuevo ímpetu este concepto en el desarrollo de la arqueología, o al menos de una parte de ella

Estas aproximaciones separaron, artificialmente, dos componentes que parecían estar englobados en la idea de adaptación. Por una parte la naturaleza y los recursos que contenía, y por otra, los componentes sociales. Aunque estas dos secciones eran vinculadas, de diversas formas, de acuerdo a las preferencias y énfasis que marcaran los autores en sus estudios. Por ejemplo, para Jochim (1979) la adaptación constituía una serie de "soluciones" que los humanos aprendían y aplicaban al inmenso rango de situaciones con las que se enfrentaban a lo largo del tiempo. Según él, para poder descifrar estas adaptaciones era necesario fragmentar, conceptualmente sus componentes, creando divisiones, que permitirían apreciar las interrelaciones entre los mismos. Así Jochim definía un subsistema de comportamiento caracterizado por un número de variables que incluían las actividades relativas a la subsistencia, la tecnología disponible, la demografía de los grupos, la actividad guerrera, la religión y los patrones de asentamiento entre otros. Un segundo subsistema estaría conformado por los componentes geográficos en los cuales se incluirían las áreas de captación y la organización espacio-temporal de los recursos, en sus diferentes escalas. Indiscutiblemente, entre estos dos sistemas se dan intercambios, por ello es necesario situar los comportamientos humanos en relación con el medio, intentando verlos como parte de los intercambios realizados en términos de materia e información. Así, por ejemplo, el cálculo de las transacciones energéticas, en la forma de alimentos y sus valores calóricos, daría un indicativo del desarrollo de estas relaciones. Estos componentes fundamentales y sus interacciones serían considerados a la luz del nivel de complejidad alcanzado por las organizaciones, tomando en cuenta las

propiedades inherentes a las mismas, como lo son la homeostasis y el cambio. De forma ideal se esperaba que los investigadores emplearan estas herramientas conceptuales para aproximarse a problemas específicos.

De una u otra forma para los arqueólogos de esta época estos subsistemas constituían un sistema general, el cual se encontraba al centro de las investigaciones que realizaban. Esto generó tres problemas importantes. Por una parte la definición y las diferentes formas empleadas para cuantificar las interacciones entre las partes de este todo, los alejó de ciertas temáticas y los llevó a magnificar los aspectos relativos a la cuantificación; nada sorprendente en el contexto de una arqueología que pregonaba su carácter "científico" en un marco positivista. De otra parte, el afán por registrar las relaciones entre las comunidades y el espacio por ellas ocupado, llevó a algunos investigadores a restarle importancia a la historia de las interacciones en los dos conjuntos que creían identificar claramente. Así, el medio, aunque dinámico, era considerado relativamente independiente de las antiguas actividades humanas y en muchos estudios tomó un papel determinante en la historia de las comunidades partiendo exclusivamente del presente que se estudiaba. Así se desarrolló una tendencia a asumirlo como una constante. Es cierto que esto contribuyó a hacer menos traumática la transición entre los contextos etnográficos que estudiaban los antropólogos y el dato arqueológico, aunque generó interpretaciones basadas en supuestos imposibles de verificar. Así se fortaleció lo que algunos han llamado la tiranía del registro etnográfico, que afectó de diferentes formas el desarrollo de la arqueología (ver Wobst 1978). De otra parte era posible y necesario examinar los resultados de la etnografía con datos arqueológicos, aspecto que no fue tomado muy seriamente (ver Shott 1992). Finalmente es necesario mencionar que estos arqueólogos relegaron al olvido importantes expresiones de la conciencia humana como lo son las creencias, el simbolismo, y las diferentes formas de representación en la cual las comunidades vivían sus historias. Indiscutiblemente, al no poder incorporar estos aspectos en sus estudios, dadas las definiciones y métodos que empleaban, se vieron forzados a dejarlos de lado. Obviamente, este tipo de arqueología fue criticada por su carácter deshumanizante y algunos vieron en su abandono o transformación un futuro mejor (ver Trigger 1990).

Una alternativa para poder aproximarse a los problemas implícitos en la idea de adaptación empleada por los arqueólogos procesualistas y que permitiera, además, incorporar temas y preguntas que hasta entonces no se habían considerado, fue la definición del paisaje (ver Crumley 1994). Con ella se buscaba entender las continuas relaciones dialécticas entre los actos humanos y los actos de la naturaleza, que se manifiestan en la geografía. Así la historia de estas interacciones entraba a formar parte activa, no solo como la sección más destacada en un proceso económico, sino como la interpretación y representación que las comunidades realizaban entorno al ámbito por ellas ocupado. Después de todo eran estas interpretaciones las que le daban sentido a la "explotación" de los recursos (ver Crumley 2002). Desde esta perspectiva resulta imposible negar que las relaciones sociales, la historia

que las soportaba, así como los gustos y las preferencias de los individuos, que hasta entonces parecieran ser arbitrarias y por tanto difíciles de incorporar en los estudios, eran esenciales en los mismos. En breve, el ámbito, lejos de poder ser visto como una "constante" que proveía los recursos, era un resultado complejo y altamente diverso de la historia; un efecto, cambiante, de las acciones humanas. En este espacio, las diversas generaciones dejan su huella y le daban sentido a la construcción de un mundo subjetivo (ver Bender 2002). Es por ello que a pesar de incluir los recursos es una representación conceptual del mundo que lo genera (Myllyntaus 2001). Esta visión forjó importantes cambios en la forma en la cual se debía practicar la arqueología en el nuevo siglo (ver Anschuetz et al. 2001).

En lo que resta de este escrito voy a emplear la idea del paisaje para aproximarme a los datos arqueológicos de un depósito del Noroeste Amazónico: Peña Roja. Para ello revisaré rápidamente la idea de adaptación en el contexto de la arqueología amazónica; para concluir presentaré una sinopsis de la visión que tengo de este asentamiento intentando aproximarme al mismo como parte de un paisaje. Las informaciones arqueológicas que soportan este argumento han sido presentadas en otros textos (ver por ejemplo Cavalier et al. 1995, Mora 2003, Morcote 1994, Llanos 1997).

### **La Adaptación, los Aborígenes y los Tempranos Habitantes del Nordeste Amazónico**

La discusión de los obstáculos que los grupos humanos encuentran en la selva tropical lluviosa para adaptarse es un tema recurrente en las investigaciones antropológicas y arqueológicas que se realiza en este tipo de ámbitos. Los primeros europeos que exploran estas regiones quedaron convencidos de la inmensa riqueza que se podía encontrar en estas selvas. La diversidad biológica que apreciaron, no les permitía pensar de otra forma. Para algunos, esta misma riqueza había tenido un impacto adverso sobre los humanos, transformándolos en seres por lo menos poco "emprendedores" (ver Humboldt & Bonpland 1985); algunos autores emplearon calificativos aún más fuertes para describir lo que ellos veían como "la inmensa desidia" de los pobladores de estas regiones. Así se explicó y popularizó una representación compuesta por dos segmentos diferentes y, de muchas maneras opuestos: unos miserables humanos viviendo en un mundo rico.

Una revaloración del ámbito de selva tropical floreció hacia mediados del siglo pasado; los conocimientos ecológicos que se multiplicaban y acumulaban, sugerían que la aparente riqueza de estos ecosistemas era solo parte de un espejismo. La fragilidad de los mismos, dada su complejidad, y los largos períodos requeridos por ellos para alcanzar nuevamente un estado de equilibrio después de una alteración, imponía serias dificultades para el desarrollo, e inclusive, para el uso sostenible de los mismos por parte de poblaciones humanas (ver por ejemplo Meggers 1954). Esto resultaba especialmente evidente, desde una perspectiva evolucionista, en relación con la producción agrícola (ver Meggers 1960).

Una vez caída en desgracia la imagen del mundo lujurioso que existía en las selvas, fue necesaria otra explicación para el estado y los modos de vida de sus pobladores. Obviamente, la manera más sencilla para lograr un esclarecimiento era asumir que las limitantes impuestas por las características ambientales se reflejaban, en parte, en el tamaño, la organización y estructura de las comunidades. Idea asociada a los planteamientos teóricos desarrollados por los neo-evolucionistas y particularmente con Julian Steward (1976). En este marco de referencia, los grupos de cazadores recolectores que habitaban en las selvas fueron vistos como los más miserables entre los paupérrimos. Inclusive los agricultores de las selvas, según lo demuestran los registros etnográficos, los ubicaban en una posición inferior (ver Koch-Grunberg 1995, tomo 1, pp 251; 253); en algunas comunidades se dudaba que ellos pertenecieran al género humano (ver Jackson 1983).

Posiblemente por ello, muchos de los arqueólogos y antropólogos que en la década de los setentas trabajan en la Amazonía, asumieron que la práctica de la agricultura era el modo de vida ideal, o por lo menos la mejor respuesta adaptativa a las difíciles condiciones ambientales. Por ello las sociedades que no la practicaban o no participaban de la misma fueron considerados como anomalías; excepciones que debían ser explicadas. Posiblemente Donald Lathrap (1968) sintió la necesidad de dar cuenta de esta "anormalidad" cuando presentó a los grupos de cazadores y recolectores de la región como una "clase" de agricultores desplazados. Estos se habían visto forzados a abandonar la vida sedentaria que llevaban, en aquellas regiones en las cuales la misma se encontraba más favorecida, para vagabundear en medio de los bosques proporcionándose los recursos para su sustento a través de la caza y la recolección. Un sistema de vida bien diferente de aquel que el autor proponía para los cacicazgos que habían habitado en las márgenes del gran río.

Años más tarde, el análisis de los datos etnográficos de las sociedades de cazadores y recolectores que habitaban en las diferentes selvas tropicales del mundo, sugerirían que la adaptación de las mismas a estos ambientes era imposible sin el apoyo de los productos que les proporcionaran los agricultores (Bailey et al. 1989, Bailey & Headland 1991, Headland 1987, Sponsel 1989), así las ideas de Lathrap se justificaban y reafirmaban. Tomaba forma la idea según la cual los cazadores y recolectores, por razones ambientales, eran dependientes de los agricultores.

Las conclusiones esbozadas a partir del estudio de los materiales etnográficos colocaban a los arqueólogos en una situación difícil, por decir lo menos. Esto era particularmente cierto dado que los datos arqueológicos eran inexistentes; para los arqueólogos resultaba imposible apoyar o contradecir las apreciaciones derivadas del registro etnográfico. Una cosa era clara: si estas conclusiones, basadas en la especulación del dato etnográfico eran correctas, nunca se había dado una adaptación inicial de grupos de cazadores y recolectores en la Amazonía. Por tanto, el estudio de los nómadas era de poco interés en términos de las transformaciones que habían sufrido las sociedades en la región, dentro del marco evolucionista que había dominado los trabajos arqueológicos

hasta entonces. Un raciocinio adicional, derivado de estos supuestos, es que los cazadores y recolectores se habían originado en las regiones, al interior de la Amazonía, que tenían los mejores suelos para la agricultura. Después de todo eran agricultores "desplazados". En breve, tres condiciones previas eran necesarias para el surgimiento de estos nómades: en primer lugar era necesario que se desarrollara la agricultura, en segundo término era necesario que la Amazonía fuera conquistada por grupos de "campesinos" y finalmente que la lucha por el recurso óptimo, representado por los mejores suelos de la región, generara conflictos que concluyeran con el desplazamiento de las comunidades menos fuertes desde el punto de vista militar. Este origen y el contexto ecológico en el cual supuestamente se desarrollaría esta historia subordinaba la existencia de los nómadas a la vida de los agricultores; la economía de los primeros solo se podría concebir como una expresión de esta relación ecológica y social de dependencia de los segundos. Por todo ello, era acertado pensar que los cazadores-recolectores amazónicos eran tardíos.

Lo anterior, sin lugar a dudas, desestimuló la investigación de este tipo de sociedades en los ambientes de selva tropical; dificultad que sumada a los problemas para registrar los asentamientos de grupos con una alta movilidad y la mala preservación de los materiales arqueológicos inherentes a este tipo de ambientes, llevó al descuido de esta temática. Por ello las investigaciones en esta área se volvieron casi inexistentes. Tampoco los etnólogos de la Amazonía se habían esforzado mucho en la descripción de este tipo de sociedades; les parecían más atractivas las sociedades que Lathrap presentara como las culturas de selva tropical, las cuales posiblemente se habían originado en la región norte de Sudamérica a partir de culturas arcaicas (Lathrap 1970: 64-65).

Desde este ángulo, una colosal dificultad para entender las primeras ocupaciones de Sudamérica, y no solo de la Amazonía, se hace evidente. Si la adaptación independiente de los cazadores y recolectores es una imposibilidad en las selva tropical lluviosa ¿cómo habrían sobrevivido los primeros habitantes del continente, quienes teóricamente debieron cruzar y vivir en una selva tropical lluviosa como la del Chocó? Las informaciones paleoecológicas con las que contamos en el momento sugieren que en esta región ha existido una selva tropical lluviosa de forma persistente (ver Behling et al. 1998).

Pero no todos los arqueólogos Amazónicos aceptaron estas ideas, para algunos de ellos los cazadores y recolectores de las selvas perpetuaban un sistema de vida antiguo. Por ello veían la posibilidad de establecer relaciones entre sus modos de vida y las ocupaciones tempranas (Meggers 1964), al tiempo que suponían que su bajo registro en la Amazonía se debía más a problemas inherentes al muestreo; muestreo que, evidentemente, no reflejaba adecuadamente la realidad (Meggers & Miller 2003: 309). Para autores como Meggers (idem), así como para algunos ecólogos (por ejemplo Colinvaux & Bush 1991), no existía ninguna razón para que pequeños grupos de cazadores y recolectores no pudieran subsistir adecuadamente en un ambiente de selva tropical.



No obstante lo diversas que era las apreciaciones, ellas concurrían en la presentación de un componente equiparable con la naturaleza, naturaleza que actuaba de forma rigurosa sobre las sociedades al posibilitar o negar las "formas" que éstas tomaban, y un segmento correspondiente a la cultura. La adaptación, de una u otra forma, se encontraba en la flexibilidad de las formas sociales que se "acomodaban" a los cambios ambientales. En muchos de los estudios realizados, la sección correspondiente a la cultura, de una u otra forma, se aproximaba a aquello que los occidentales concebían como los componentes económicos<sup>1</sup>. La necesidad de registrar estos cambios hacía necesario enfatizar estos aspectos. De esta manera se separaba y cercenaba, en la mayoría de los estudios, la representación del mundo que las culturas construían y se suprimía lo que se pudiera considerar como la "adaptación de la naturaleza a la cultura", eliminando la posibilidad de registrar la relación dialéctica que algunos ven como la clave para entender estos procesos (Crumley 1994), que dan origen al paisaje.

### **Transformación, Adaptación y Paisaje**

El registro de una serie de profundas transformaciones que se dieran a nivel global permitió a los investigadores formular una línea temporal que separó un período antiguo del presente. De este modo surgieron los nombres de Pleistoceno y Holoceno: dos importantes mojones en la historia del planeta. Las transformaciones que fundamenta esta separación implicaron la reorganización y redefinición de muchos de los componentes y las relaciones, hasta entonces establecidas, en aquello que llamamos "naturaleza". Los humanos, un elemento más entre aquellos que conforman esta totalidad que es la naturaleza, debieron hacer ajustes en sus comportamientos durante esta época con el fin de garantizar su continuidad durante estos tiempos de cambio. Así fueron forzados a la creación y el empleo de nuevas alternativas, innovadoras opciones que los llevaron a cambiar su entorno de formas hasta entonces inconcebibles (ver Redman 1999).

Es en este período de redefinición del espacio que por primera vez se hacen visibles los humanos en el registro arqueológico del Noroeste Amazónico. No mucho tiempo ha transcurrido desde que el cauce de inmensos ríos, como el Caquetá-Japurá, se ha redelineado, adoptando, en términos generales, el curso que lleva en el presente, cuando los humanos hacen su aparición. En efecto, en el curso del Medio río Caquetá, hace aproximadamente 9200 años, un pequeño grupo de nómades se desplazaba de un lugar a otro; uno de sus campamentos temporales fue detectado en el punto conocido hoy como Peña Roja. A partir de entonces Peña Roja sería reocupado una y otra vez por gentes con una economía basada en la caza y la recolección, así como por grupos que aunque difícilmente entrarían

---

<sup>1</sup> Para una discusión de esta tendencia en la ecología evolucionista ver Ingold 1996

a formar parte de la categoría de los verdaderos agricultores, poseían algunas plantas cultivadas. Desde los inicios de la era cristiana, y después de un largo vacío en la ocupación, algunas comunidades que practicaban la agricultura de una manera permanente construirían allí, y en otros lugares de la región del medio Caquetá, sus viviendas<sup>2</sup>. Hoy en día una maloca, junto con otras viviendas dispersas, sirven de habitación a los moradores de Peña Roja.

Para comprender la historia de lo ocurrido en Peña Roja, es importante presentar el contexto climático en el cual se inició la ocupación de este lugar. Este no solo es útil para señalar algunos problemas existentes en los modelos propuestos en el pasado para explicar el poblamiento y la adaptación de los grupos de cazadores y recolectores a las selvas tropicales, sino que permite ubicar estas comunidades al interior de la geografía que ellos transformaron.

El tipo de formaciones vegetales que predominaron en la región Amazónica durante el Pleistoceno Tardío y en el Holoceno Temprano han sido un importante tema de investigación. La relación entre las áreas de vegetación abierta y aquellas de bosque ofrecen importantes claves para aproximarse a la historia del comportamiento climático de la amazonía, al tiempo que arroja luces sobre los procesos de especiación, endemismo y biodiversidad regional (Colinvaux 1996, Colinvaux et al. 1997, Ledru et al. 1998), así como sobre algunas alternativas para la conservación (Gentry 1992)<sup>3</sup>. De tiempo atrás este tema también ha generado debate entre algunos arqueólogos que intentan utilizar información climática para explicar la distribución de algunos rasgos culturales como los pueden ser las familias lingüísticas (ver Meggers 1979, Whitten 1979). En lo que nos ocupa aquí, la relación entre tipo de vegetación, sus implicaciones ecológicas, y las inferencias sobre la adaptación han sido fundamentales para algunos investigadores que sobre ellas han propuesto sus modelos para explicar los modos de vida de los cazadores y recolectores, como se mencionó anteriormente.

Hacia el 12000 antes del presente los datos recuperados en una región de la amazonía ubicada al norte de Brasil, en proximidades con la frontera con Venezuela, sugieren que esta zona tenía una vegetación boscosa. En efecto, 65% las muestras estudiadas de Dragão corresponde con bosque y 20% a lianas; con posterioridad al 12000 AP, la frecuencia del polen de los árboles muestra unos valores entre 60-75% de la muestra, mientras que las lianas se aproximan al 10%. Los resultados del análisis palinológico de dos muestras más, tomadas en otros dos sitios ubicados en esta área –Verde y Pata– igualmente indican el predominio de un componente arbóreo. Aparentemente la selva tropical lluviosa ha tenido en esta región una prolongada continuidad (Bush et al. 2004).

---

<sup>2</sup> Las fechas obtenidas en Peña Roja han sido publicadas en diferentes lugares. Ver Mora 2003: 92.

<sup>3</sup> Durante el seminario que dio origen a esta publicación los profesores Thomas van der Hammen y Juan Carlos Berrio, presentaron el contexto geográfico de estos cambios en la amazonía en general y del noroeste de ella en particular.

Un patrón semejante, en el cual predominó la vegetación de selva, se ha observado para la misma época en otras regiones de la Amazonía. Para algunos investigadores esto demuestra que importantes áreas correspondientes a la cuenca del Amazonas permanecieron cubiertas por una selva tropical, a pesar de los cambios climáticos que sufrió el planeta. Es aún tema en debate entre los especialistas la estabilidad, extensión y localización de estas formaciones a lo largo del tiempo (Behling & Lima da Costa 2000, Colinvaux 1996, 1989, 1987, Hooghiemstra & van der Hammen 1998, Mayle & Beerling 2004, van der Hammen & Absy 1994).

En el Medio río Caquetá, los procesos que afectaron la región durante la transición Pleistoceno – Holoceno y que llevaron a la redefinición del curso del río, originaron en sus márgenes diferentes unidades del paisaje, que bien se podrían clasificar de acuerdo a su estabilidad en relación con las aguas. Es en una de estas unidades que se registraron, por primera vez, aquellos habitantes que ahora llamamos los tempranos habitantes del noroeste amazónico. El sitio de Peña Roja, una estrecha terraza baja del Cuaternario, no inundable, en la margen norte del río Caquetá, fue el lugar seleccionado por un pequeño grupo de humanos para establecer un campamento; algunos materiales arqueológicos que incluyen instrumentos líticos y restos vegetales carbonizados dan prueba de lo anterior.

Durante los trabajos arqueológicos en Peña Roja se intentó recuperar información paleoecológica detallada que permitiera comprender las características de este lugar en la época en la cual, por primera vez, los humanos lo ocuparon; actividad infructuosa, dado la mala preservación, particularmente del polen. Eso sí, contamos con algunas muestras de fitolitos analizadas (ver Piperno 1999, Piperno & Pearsall 1998) y una colección de carbón y restos vegetales carbonizados que parecen reafirmar las informaciones que se obtuvieron en un contexto más amplio (ver Mora 2003, Morcote 1994). Dos sectores, ubicados en proximidades del sitio de Peña Roja, ofrecen una valiosa información que nos permite aproximarnos a la geografía de esta época. La primera de ellas, Pantano de Mónica, se ubica a solo unos pocos kilómetros de Peña Roja, en la misma banda del río. El segundo punto corresponde con una isla, en Medio del río Caquetá, frente a Peña Roja.

El estudio palinológico realizado en Pantano de Mónica, sugiere que este cenagal tenía unas menores dimensiones en el pasado y que las terrazas bajas del río Caquetá, hacia la época en la cual los primeros humanos detectados en el registro arqueológico hacen su aparición, tenían un mejor drenaje. (Behling et al. 1999). Observación que concuerda con los resultados del estudio de polen realizado en Mariñame. De otra parte, la vegetación en la isla de Mariñame, sugieren que se dio una disminución, para la época del inicio de la ocupación, de los elementos acuáticos y de la frecuencia de *Mauritia flexuosa*, que usualmente se desarrolla en áreas anegadizas (ver Urrego 1991). No obstante, la vegetación de estas dos zonas – Pantano de Mónica y Peña Roja – representa diferentes aspectos de una selva lluviosa tropical.

A pesar de contar con la descripción de un buen número de los componentes de estos bosques, es difícil imaginar todos sus detalles. Esto es, en parte, una consecuencia del hecho de que no existen en el presente, formaciones análogas de vegetación que nos

permitan "ver" claramente la forma que adoptó el componente vegetal en el momento en el cual llegan a este lugar los humanos (ver Birgitte & Odgaard 2004). Un período como éste, de profundas transformaciones, presenta particularidades que se nos escapan. A pesar de ello tenemos la seguridad de encontrarnos en un bosque tropical lluvioso.

No sabemos desde cuando los humanos se encontrarán viajando a lo largo y ancho de estas selvas; las sorprendentes cronologías registradas en otros lugares, nos obliga a dejar la puerta abierta a nuevas posibilidades. Solo el registro de nuevos yacimientos comprobará o permitirá desechar estas ideas. Lo que si sabemos es que las transformaciones en el entorno, en áreas como la región del Medio Caquetá, crearon condiciones desconocidas e impredecibles para los habitantes. Así, nuevas oportunidades para el uso del espacio por parte de los humanos, a la par de insospechados problemas, se hicieron patentes. Esta situación nos permite suponer, aunque sea de manera general, algunas de las condiciones en las que vivieron estos nómadas.

En teoría, estos grupos carecen de los conocimientos que otorga la posibilidad de predecir la disposición y ubicación de los recursos dadas las transformaciones ambientales globales en curso; estas nociones juegan un papel fundamental en la sobrevivencia. La reestructuración del paisaje impone la necesidad de explorar una nueva geografía, así se hacen evidentes las siguientes prerrogativas. Por una parte estos nómadas deben mantener un adecuado abastecimiento de alimentos, ante la eventual disminución de aquellos recursos que son preferidos y que aportan mayores beneficios. Posiblemente el optar por una alta flexibilidad en el consumo y adquisición de aquello que les permite persistir, sea lo más apropiado. Esto puede significar el tener que echar mano de alimentos que hasta entonces no se encontraban en la lista de las preferencias, o elegir y desarrollar nuevas estrategias para la obtención de otros recursos. Una tecnología sencilla, pero eficiente en un amplio rango de "labores" sería la más adecuada en estos casos. Por otra parte, estos grupos deben reducir su tamaño, así amortiguar más fácilmente las incertidumbres en el abastecimiento generadas por un ámbito desconocido. Evidentemente: las geografías inexploradas involucrar altos riesgos para un grupo relativamente grande que se moviliza y depende del encuentro fortuito de los recursos. Una banda reducida tendrá una ventaja significativa en los casos en los cuales escasean los alimentos y las predicciones sobre su posición tiene muy poco fundamento. Indudablemente es importante para estos nómadas maximizar su movilidad; la misma garantiza un rápido y eficiente aprendizaje de las características del medio en el cual se encuentran, al tiempo que genera resultados. A pesar de ello, cuando detectan un lugar rico en un determinado recurso, deben permanecer allí por el mayor tiempo posible para disfrutar y aprender sobre el comportamiento de dicho recurso; este aprendizaje será la base para tomar nuevas decisiones. Todas estas alternativas, así como las medidas asociadas a las mismas, se encuentran sujetas a la imperiosa necesidad de mantener contactos con otros grupos semejantes, que se encuentren en la misma región. Por ello deben definir espacios comunes y de encuentro en la geografía, transformándola en un paisaje socializado. Así, no solo están en condiciones de adquirir más conocimientos, sino que garantiza la

reproducción de la comunidad; es indispensable el intercambio de personas, en la forma de esposas y maridos entre los grupos. Por ello, y de forma general, algunos investigadores pronostican en estos casos un comportamiento de uso de los recursos generalizado, con eventuales reuniones entre grupos que normalmente se encuentran muy distantes, todo esto asociado con una alta movilidad (ver Meltzer 2002: 36). De este modo se establecen las bases para la definición de una geografía, que no solo se puede interpretar en relación con los recursos, sino que depende de las relaciones sociales y por tanto de la representación y las transformaciones que las mismas introducen en el espacio.

Peña Roja como espacio geográfico, posiblemente resultó ser atractivo inicialmente por su estabilidad en relación con el cauce del río; la proximidad al mismo garantiza el acceso a la pesca. Adicionalmente la existencia de dos pequeñas corrientes de agua sobre la terraza contribuía a hacer más diverso, desde el punto de vista ambiental, el sitio. Este espacio se encontraba cubierto por una vegetación de bosque, como lo indica el estudio de los fitolitos recuperados allí (ver Piperno 1999, Piperno & Pearsall 1998). Algunas palmas, que fueran registradas en el estudio de los materiales vegetales carbonizados, podría proporcionar una abundante carnada; muchas de estas mismas especies son empleadas hoy en día con ese propósito por quienes habitan en la región (ver Mora 2003).

Es lógico suponer que una vez el lugar fue ocupado y entró a formar parte de la cartografía empleada por los nómades, sus propiedades, progresivamente, fueron alteradas. Esto se encuentra confirmado por el estudio arqueológico (ver Mora 2003). De otra parte, recientes trabajos etnográficos y etnoarqueológicos de la vida de los cazadores y recolectores de las selvas, señalan algunos de los procesos que dan origen a importantes cambios en la composición de la vegetación y las características de la misma en lugares que son empleados de forma ocasional por ellos. Los autores de estos trabajos resalta el hecho de cómo estas transformaciones pueden generar un valor agregado en los espacios al proporcionar una concentración de especies vegetales seleccionadas por sus propiedades y usos (ver Politis 2001, 1996a, 1996b). Así se define y un espacio particular; un espacio construido por la interacción entre la geografía y las acciones humanas que la modifican. Esto, indudablemente, lleva a una creciente alteración de la geografía, contribuyendo a la definición de puntos destacados por sus características en un paisaje que es el resultado de estas interacciones. Es en este contexto en el cual las nuevas interacciones se dan.

Desconocemos la intensidad y frecuencia del uso de la totalidad del espacio que comprende la terraza de Peña Roja; los sondeos arqueológicos realizados en la parte central de la misma demuestran que se dio una reocupación, en la cual se destaca no solo el cambio ambiental, sino que se hace patentes algunos cambios en los artefactos empleados por los primeros habitantes del lugar.

En general, los artefactos lascados recuperados en el sitio son muy sencillos; estos fueron producidos por martillado directo y no fueron retocados. Las materias primas empleadas son locales —chert y cuarzo—; en estas fueron poco frecuentes los intentos por

mejorar la calidad de estos materiales usando técnicas de calentamiento. Muchos de estos artefactos fueron empleados en el procesamiento de pieles y en el trabajo con maderas. Igualmente el registro de morteros, placas, martillos y manos indica el procesamiento de semillas (ver Mora 2003).

Las variaciones y abundancia en el uso del chert y el cuarzo sugieren preferencias, y han sido empleadas como importantes claves para verificar el cambio en las "costumbres" de los ocupantes. Estas transformaciones se pueden asociar en los contextos arqueológicos con otros cambios, como lo es una súbita disminución de los porcentajes de carbón y la introducción, posteriormente de *Cucurbita* spp., *Lagenaria siceraria* y *Calathea allouia*. Lo anterior demuestra que hacia el 8000 AP dos plantas que habían sido domesticadas en áreas mucho más secas, habían sido introducidas en esta región de la Amazonía (Piperno & Pearsall 1998:206). Concomitante con estos cambios se notan variaciones en los porcentajes de arcilla y limos, los cuales indican transformaciones en las actividades humanas desarrolladas en el lugar (ver Mora 2003). Así es posible diferenciar dos grandes conjuntos en la ocupación inicial de Peña Roja. Por una parte un conjunto de habitantes tempranos, que empleó el espacio, en diferentes momentos, alterándolo y propiciando el desarrollo de una vegetación en la cual, en las primeras épocas de uso del mismo se privilegió el crecimiento local, o el consumo, de palmas como *Mauritia flexuosa*, *Attalea maripa*, *Attalea insignis* y *Attalea racemosa*; esta última palma solo aparece en el registro arqueológico correspondiente con estos primeros ocupantes. Por el contrario, el registro de *Oenocarpus bataua* es casi constante y aparentemente de gran importancia a lo largo de la ocupación precerámica, en tanto que *Oenocarpus bacaba* y *O. mapora*, parecen ser de menor relevancia; alternativamente esto podría estar reflejando problemas en la preservación de estas plantas. Otras palmas como *Astrocaryum aculeatum*, *A. javari*, *A. sciophilum* presenta un patrón semejante (ver Morcote 1994).

De forma generalizada se nota una mayor frecuencia en el uso de las palmas por parte de los más tempranos ocupantes. A pesar de que esta observación puede ser relativa, de acuerdo al tamaño de los grupos y la duración de las ocupaciones, de momento sugiere una importante diferencia que debe ser explorada. De una u otra forma el registro arqueológico sugiere que Peña Roja es transformado por sus ocupantes, desde muy temprano en su historia, como un nodo en el cual se conjugan un buen número de importantes recursos para la subsistencia en el bosque, a juzgar por los datos etnográficos disponibles.

Los trabajos arqueológicos en el sitio de Peña Roja dejan claro algunos puntos, a pesar de las inmensas interrogantes que nos llevan a formular. Por una parte demuestra que la ocupación de la selva tropical lluviosa en una época anterior al desarrollo de la agricultura es un hecho, y por tanto la proyección del dato etnográfico como base para la construcción de modelos del pasado es, por lo menos en este contexto, erróneo. Por otra parte, señala un modelo de uso de los recursos basado en un espectro amplio, empleando artefactos expeditivos, en el cual los grupos definieron un espacio social que fue reocupado periódicamente y transformado. Esto significa la construcción de territorios

y localidades a partir de la intervención humana, desde épocas muy tempranas en la historia amazónica. En breve, se trata de un paisaje construido por las interacciones entre diferentes conjuntos humanos en una geografía dinámica que es fundamental en la formación de este universo. Los datos recuperados en Peña Roja hacen que la separación de los componentes –ámbito y cultura– sea imposible e inútil, pues se trata de ejes inseparables de una construcción que es un todo. En tercer lugar, la introducción de las plantas cultivadas, a pesar de implicar cambios en las actividades, hace evidente que la categoría de agricultor no es, ni puede ser opuesta a la de cazador-recolector. Esto también ha sido sugerido por algunos etnógrafos. Los límites de estos tipos analíticos son artificiales y de poca utilidad para entender los contextos arqueológicos como el de Peña Roja. Su validez es tan artificial, en el proceso de transformación de las sociedades, como aquellas de naturaleza y cultura o economía y sociedad. Finalmente, es necesario llamar la atención sobre la necesidad de redefinir, en los estudios arqueológicos, el uso de adaptación. Obviamente es más apropiada la visualización de ésta como una transformación general y no como un lugar en el cual convergen las actividades humanas y el entorno como categorías analíticas distintas.